

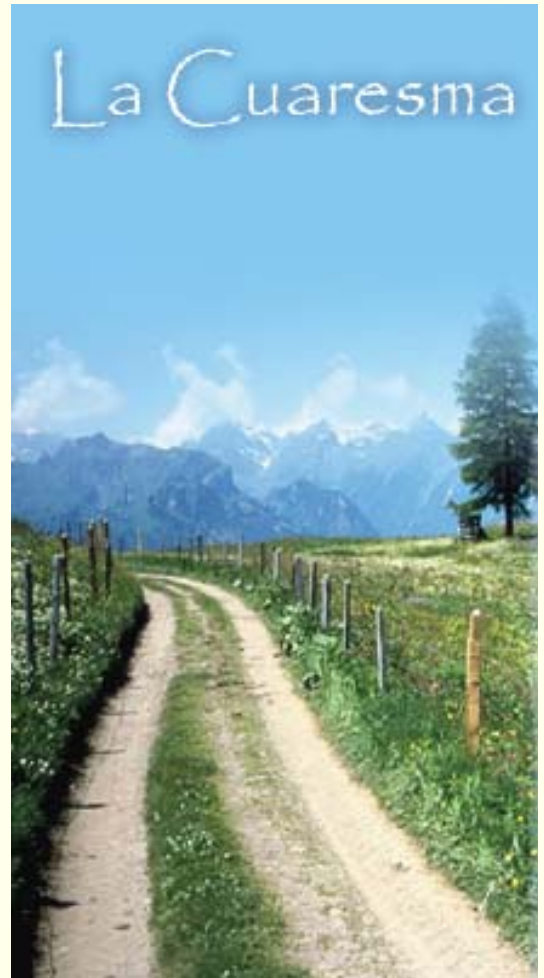
# Tiempo de Cuaresma

La primera fiesta que se celebró en las comunidades cristianas fue la fiesta de la Pascua de Resurrección. En esos días se celebraba, además, de manera colectiva y solemne el bautismo de los que se incorporaban a la fe cristiana.

Pronto se vio la necesidad de un cierto periodo de preparación para el bautismo y para celebrar la fiesta de la Resurrección. Así surgió el tiempo de Cuaresma.

Por eso, pocos tiempos litúrgicos, en su retorno anual, han dejado tan profunda huella como la Cuaresma en el pueblo cristiano. En efecto, la Cuaresma que nosotros celebramos es una síntesis de un triple itinerario ascético y sacramental:

- la preparación de los catecúmenos al bautismo,
- la penitencia pública y
- la preparación de toda la comunidad cristiana para la Pascua.



Denominador común de este triple itinerario interdependiente ha sido la cuarentena de días que el Señor quiso cumplir, como dice San Agustín, «*para aleccionarnos para la victoria*» (In Ps. 60,3).

El simbolismo bíblico de los cuarenta días, como período de prueba y de tentación, de éxodo a través del desierto -el de Israel duró cuarenta años-, pero también de gracia y de acción divina en favor de su pueblo, ha sido decisivo para configurar la fisonomía de la Cuaresma cristiana.

Moisés, Elías y, sobre todo, el propio Jesús, cuando a continuación del bautismo es llevado por el Espíritu al desierto (cf. Lc 4,1-2), han consagrado este tiempo, al que la liturgia no duda en llamar «*sacramento cuaresmal*», es decir, período sagrado de salvación y signo de la gracia de Cristo por voluntad de la Iglesia.

La Cuaresma es, entonces, un verdadero sacramental puesto a disposición de toda la comunidad cristiana para que reviva y renueve cada año el *paso de la muerte a la vida*, de la esclavitud del pecado a la libertad de los hijos de Dios (cf. Rom 8,21) que un día se realizó en el bautismo de cada uno (cf. Rom 6,3-11; Col 2,12). Es esta dimensión pascual y bautismal la que el concilio Vaticano II quiso poner de relieve al hablar de la Cuaresma:

*Puesto que el tiempo cuaresmal prepara a los fieles, entregados más intensamente a oír la Palabra de Dios y a la oración, para que celebren el misterio pascual, sobre todo mediante el recuerdo o la preparación del bautismo y mediante la penitencia, se de particular relieve en la liturgia y en la catequesis litúrgica al doble carácter de dicho tiempo» (SC 109).*

El recuerdo del bautismo y la penitencia, entendida ésta no sólo como práctica ascética, sino especialmente como sacramento, son los principales elementos en que se asienta la Cuaresma y el objetivo que ha presidido la reforma de este tiempo litúrgico después del concilio, a base, naturalmente, de la rica herencia de la tradición cuaresmal.

La cuaresma, pues, está orientada a tomar plena conciencia de lo que es y de cómo debe ser celebrada la fiesta cristiana por excelencia, la de la Pascua de Resurrección.

Si se dice que no hay fiesta sin octava, más importante aún es el tiempo de preparación para ella.

Cuaresma son cuarenta días que representan los cuarenta años del pueblo judío caminando por el desierto hacia la tierra prometida, y cuarenta días de Jesús orando, también en el desierto, para perfilar cómo había de ser su misión mesiánica. Y es que nada importante se puede improvisar.

Para la celebración del núcleo de nuestra fe, la Pascua de Cristo, es necesario ir disponiendo nuestro interior:

- a- entender que es Cristo, quien da sentido y razón de ser a nuestra vida, está vivo y presente en nuestra historia desde su estado de triunfo definitivo sobre el mal y la muerte, y
- b- sentir la necesidad de considerarnos resucitados con Cristo, capaces en él de vencer el mal y a su expresión más determinante, la muerte.

Esta segunda actitud exige tratar de descubrir qué elementos de pecado y de muerte existen en nosotros. Con nuestro esfuerzo cuaresmal y la ayuda de la gracia de

Cristo resucitado hemos de esforzarnos en eliminarlos. De ahí que la cuaresma tenga el conocido carácter penitencial. Es tiempo de acentuar el esfuerzo de vernos tal como somos, productos de gracia y pecado; y de estimular la esperanza, que se convierte en obras, de dejar más espacio a la gracia que al pecado.

La penitencia cuaresmal, como indica el significado latino de la palabra "penitencia", es sentir el peso de la culpa, pero también y a la vez de que somos capaces de ir superándola y de avanzar e incorporar en nosotros los valores que son más fuertes que la muerte, los que, como dice Pablo a los colosenses, hemos de buscar y gustar si sentimos que la resurrección de Cristo es la nuestra.

Nada de ello se puede hacer sin renuncia, sin ayuno y abstinencia, es decir: sin decir no a otros deseos, que también existen en nosotros, de satisfacciones que no superan la muerte, porque son en sí efímeras, como las que ofrecen el placer insolidario, el dinero, el poder, el éxito social...

La cuaresma es el tiempo de dar un impulso nuevo a lo que es eterno: la intimidad con Dios en la oración, la búsqueda de esa verdad de Dios, el amor a Dios en el hermano, la construcción de una comunidad de hijos de Dios.

En términos que encontramos en la liturgia del primer día de cuaresma, es tiempo de oración y limosna. Eso sí auténticos, no aparentes, porque la cuaresma se apoya no sobre el rito, o las manifestaciones públicas de devoción y penitencia, sino sobre la verdad de lo que somos y hacemos.

## ESTRUCTURA ACTUAL DE LA CUARESMA

El tiempo de Cuaresma dura desde el miércoles de Ceniza hasta las primeras horas de la tarde del Jueves Santo. La *misa de la cena del Señor* pertenece ya al Triduo pascual.

Ahora bien, como el miércoles de Ceniza es un día laboral, para la mayoría de los cristianos la Cuaresma comienza con su domingo I, a pesar de que el citado día es de ayuno y abstinencia.

La Cuaresma descansa sobre los domingos, denominados I, II, III, IV y V de Cuaresma, y *Domingo de Ramos, en la pasión del Señor*, el último.

Las ferias avanzan independientemente de los domingos, aunque en su temática litúrgica guardan una cierta relación con ellos. La importancia de estas ferias es grande, pues ya el mismo Vaticano II (cf. SC 35,4) y el nuevo *Código de Derecho Canónico* recomiendan convocar al pueblo y tener una breve homilía (can. 767,3).

Para dar cumplimiento a la disposición conciliar, que insistía en la acentuación de los elementos bautismales de la Cuaresma, además de los propios de la penitencia.

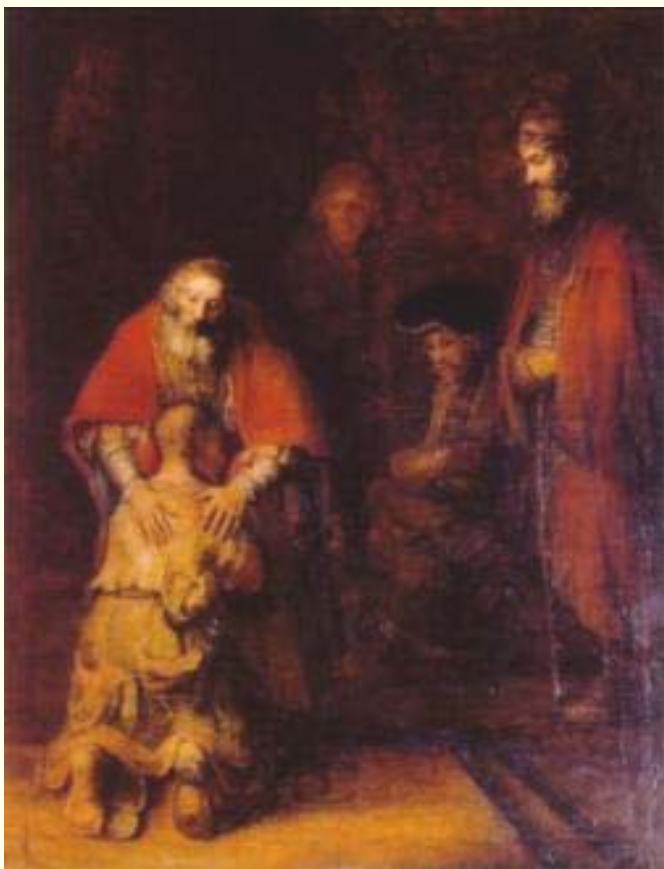
A partir del domingo V de Cuaresma, antes *domingo I de Pasión*, se mantienen algunos aspectos que recuerdan el antiguo período, dedicado a preparar más intensamente a los fieles para la celebración del misterio pascual.

El domingo de Ramos se centra en la proclamación de la pasión del Señor, leída cada año según un evangelista sinóptico, de la misma manera que se hace en los domingos I y II, en los que los episodios de las tentaciones y de la transfiguración se toman también de cada uno de los citados evangelistas. Y es que el *Leccionario dominical* ha asignado un evangelio a cada uno de los tres ciclos de que consta: Mateo para el ciclo «A», Marcos, completado con Juan, para el «B» y Lucas para el «C».

Por otra parte, las lecturas del Antiguo Testamento de todos los domingos forman entre sí, dentro de cada uno de los ciclos, unas series dotadas de fisonomía propia, presentando los distintos momentos de la historia de la salvación; todo ello sin romper su relación con el resto de las lecturas del domingo respectivo.

La Cuaresma comprende también las cuatro primeras ferias de la Semana Santa. Estos días tienen un marcado carácter de introducción en la celebración de la pasión del Señor, a excepción de la misa crismal, en la que se bendicen y consagran los óleos en la

mañana del Jueves Santo. Esta misa es como un paréntesis dedicado a poner de relieve cómo del misterio pascual brotan los sacramentos de la Iglesia.



La **CUARESMA** nos ofrece la oportunidad de reflexionar sobre el misterio de la pasión-resurrección de Jesús, con lo que ello implica para nuestras vidas.

Nos disponemos a celebrar el Paso (Pascua) de la muerte a la vida, de lo acabado a lo nuevo, de lo enterrado a lo elevado, de la tierra al universo, de lo miserable a lo sublime.

El tiempo de **Cuaresma** nos brinda el espacio para detenernos un instante en nuestro camino diario y contemplarnos como somos, con humildad y realismo: nuestras miserias y nuestras grandezas,

nuestros fracasos y nuestros triunfos, nuestras incomunicaciones, nuestros malos modos, nuestras muestras de solidaridad...

Sólo desde esta actitud podremos reflexionar sobre nuestra vida, a la vez que acoger y asumir la coherencia de vida de Jesús, por la cual fue llevado a la cruz y resucitado por el Padre.

**En el tiempo de la gracia te escucho,  
en el día de la salvación te ayudo.  
Pues mirad: ahora es el tiempo de la gracia,  
ahora es el día de la salvación**

(2 Cor 6,2).

# LA ACEPTACIÓN DE SÍ MISMO

## Oración

Por tu nombre, que es Amor,  
da a mi vida su verdadero sentido;  
y dame, al fin,  
la humilde aceptación de mí mismo.

Reconozco que me he cerrado a ti muchas veces,  
bloqueando a tu ternura  
los accesos de mi corazón.  
He querido ser mi propio creador,  
sin contar contigo,  
y sin tener en cuenta tus proyectos de bien común  
y de felicidad para todos.  
Como si el hombre pudiera saber  
qué es lo que realmente le conviene.

En verdad, soy una nada;  
aunque yo sé que tú amas infinitamente  
esta nada que yo soy.  
En verdad, mi vida entera adquiere sentido  
cuando tú recompones su forma y unidad  
con los pedazos dispersos  
de esta vasija repetidamente rota que soy yo.

Esta es la sabiduría que deseo:  
saber que sólo tú me unificas  
al nuclear mi existencia en la verdad de tu amor.

Artífice indiscutible de la realización humana,  
que tus manos modelen mi barro  
hasta que en mi ser aparezca grabada tu gloria.

Pon en mí una confianza sin límites hacia ti.

Dame el espíritu del abandono total  
en tu presencia.  
Porque, cuando me acepto débil como criatura,  
entonces soy fuerte en la necesidad de ti  
y de los hermanos.

Hazme sentir la caricia de tus dedos  
dando forma a mis días, horas y minutos.  
Y que nunca más vuelva a caer en la trampa  
de creer que puedo conducir mi vida a mi antojo.

Los que se interrogan  
sobre el futuro del hombre  
y buscan sinceramente  
caminos de libertad  
encontrarán en mi vida,  
tejida con los hilos de tu amor,  
una pista, una señal de ruta,  
que rezará así:  
"Dios hace al hombre nuevo,  
libre, al fin, de temores,  
complejos y cobardías;  
libre, al fin, para el amor  
que no conoce el desánimo."

Señor, que mi vida te alabe  
en la misma evidencia  
de ser reconstruida por ti,  
en la suma certeza  
de que ninguna criatura es inútil  
y ninguna existencia está condenada  
a irremediable fracaso.  
Pues no te complaces en las vidas rotas  
ni te quedas indiferente ante la angustia  
de los que no encuentran su camino;  
sino que, al contrario,  
estás junto al insatisfecho de sí mismo  
y te inclinas, con ternura de amigo,  
a compartir el esfuerzo del que busca encontrar  
su yo profundo

Por tu nombre, que es Amor,  
levanta del polvo  
tanta vida despojada de sentido.  
Y que la humanidad  
acepte su condición de criatura  
abierta al amor,  
tan respetuoso, de su Creador.

Entonces la creación entera llegará a ser  
un coro de alabanza  
bajo las manos del hombre audaz y creativo,  
unificado y dueño de sus destinos.

**Salmo 51.**